

El relato que publicamos en la presente versión de nuestra sección Cuento Jurídico mereció la primera mención honrosa en el Primer Concurso de Cuento Jurídico organizado por nuestra revista. El jurado conformado por Luis Jaime Cisneros, Abelardo Oquendo y Fernando de Trazegnies sin duda tuvo en cuenta la calidad narrativa y el intrigante contenido del cuento para concederle dicha mención. El autor, que utilizó el seudónimo Guile, es estudiante de la Facultad de Derecho de la Pontificia Universidad Católica del Perú, y nos demuestra con su relato que la literatura y las humanidades pueden conjugarse de manera fecunda con el Derecho.

LOS FUEROS DE PABLO Y LA CIUDAD. HISTORIA DE UNA DIACRONIA

Henry Armas Alvarado

11 pm. Penal San Gabriel. Mi nombre es Pablo Alvarado Durand. Tú eres nuevo aquí, recién te trajeron hoy en la mañana, así que te explicaré porqué estoy acá y cómo puedo sobrevivir encerrado. Sacó de una caja de zapatos al ratón que le habían traído esa mañana y siguió hablándole. Un día escribir y otro día leer. Así durante los próximos veinte años. Mi condena es por un asesinato realizado con tanta alevosía que horrorizó a mi juzgador. *El animal trató de escaparse de sus manos de manera torpe, tratando de saltar inútilmente hacia alguna parte, pero el camino terminaba allí: en el filo de sus manos.*

Sin embargo, no despertó el interés de la prensa pues nunca se publicó nada al respecto. Es por eso que muchos de mis amigos creen que estoy haciendo un post-grado de Derecho en el extranjero o trabajando en alguna cosa ajena a mi profesión.

Allí donde me ves terminé en la Católica. Me casé. Alejandra aún me ama, en sus ratos libres viene a verme y me trae fotocopias de cualquier libro. Es así como tengo esta pequeña biblioteca. *Había una vela en la mesa de la celda que permitía distinguir entre penumbras la vieja cama de cartones en el suelo, la eterna mesa y las montañas de fotocopias apiladas de manera caótica. Prendía la vela cuando*

apagaban las luces del pabellón. El recinto se convertía entonces en un festival de claro-oscuros decimonómicos, sórdidos. Maté a mi hermano. Pero no creas que por crueldad. No. El estaba enfermo y me pedía constantemente que lo matara. Yo me horrorizaba de sus palabras y le decía que todo iba a salir bien, que no se desesperara. Yo lo ayudaría. *Soltó al ratón sobre la mesa: un pequeño saltito y ya estaba. El mundo es plano ahora. Se apresuraba y desesperado escalaba los Urales formados por fotocopias de Eco, Kant, Nietzsche... ya estaba llegando a Cortázar, ya casi en la punta...Faulkner. Hábil trapecista, de un salto hasta los Apeninos...Hesse, Sartre...qué ágil, cuán desesperadito por querer conocer todo el mundo, toda la tierra plana.* En las noches mi hermano gritaba de dolor. Yo sufría cada quejido. Un día accedí a sus ruegos. Usé veneno. Aún me duelen sus gritos. Pero ahora además tengo que escuchar los míos. *Ya estaba en la superficie lisa de nuevo. Ahora recorre los bordes como reconociendo el área. En verdad esta tratando de ver qué hay más allá de los límites del mundo. Estás en el mar de los Sargazos, hay monstruos marinos en el borde de la mesa, que no se te ocurra ir más allá. Un rápido movimiento de mi mano que impide que un avezado explorador muera en la conquista del Polo Sur. Tonto, casi te caes.* Siempre tuve tendencias autoculpabilizantes, ¿sabes? así que ya te imaginarás lo que estoy viviendo. Cuando me enteré que sí existía una cura para su enfermedad quemé la nota de mi hermano explicando lo ocurrido. Yo merecía lo peor. Alejandra trataba de hacerme sentir mejor, de ayudarme con esto de la culpa. Nunca la oí. Al ver que el asunto se me escapaba de las manos para convertirse en obsesión decidí entregarme a las autoridades haciéndoles creer que lo había matado por un asunto hereditario. Ello sería una manera de expiar culpas sin dejar de ser consecuente conmigo mismo.

Pues eso es lo que considero realmente importante: apostar por lo que uno cree hasta el final, el arriesgarse por aquello que te concilia con el mundo. *Caminó graciosamente en la mesa en dirección a la vela. Te vas a quemar. No, no trates de trepar la vela. Psst, ves, ya la derribaste. A oscuras.* Pero el entregarme no me ha liberado. Más aún, ahora temo algo peor: Que vuelva a cometer aquel horrible acto. Te explicaré. Partamos de la premisa de que todo devenir es un eterno retorno a lo idéntico. Si ahora experimento una culpa insoportable es evidente que antes del crimen experimentaba la misma culpa en otra forma. No en la misma, pues si ahora sé lo que es insoportable es porque tomo de referencia lo soportable y porque sé lo que es soportable. *Prendió de nuevo la vela y sacó una rebanada de queso del*

bolsillo para darle de comer de su mano. Antes del crimen, la culpa que experimentaba bajo otra piel (soportable) bien pudo haber sido un conjunto de miniculpas alimentadas por reglas morales, religiosas, las convenciones sociales o la ley. También pudo ser que la culpa haya existido antes, pero de manera potencial. Así, al haber un detonante grave que es el haber infringido la normatividad más fuerte y prohibitiva (la ley) que tiene correspondencias morales, sociales y religiosas, todas esas miniculpas, o esa culpa potencial se encarna en el delito cometido y todo aquel engranaje de sanciones empieza a funcionar, siendo lo común en todas ellas la culpa. *Empezó a acariciar su lomo mientras comía con avidez. Ustedes los roedores son anormalmente voraces a pesar del tamaño. Como los insectos. Supongo que debe ser algo metafísico. Ante la desesperación de estar en un mundo con seres y peligros inmensos y al no poder conquistarlo, deciden ir a devorar el mundo como una especie de revancha. Picones. Come, come.* Ahora bien, una cosa es la culpa potencial y otra la real. La primera existe en los reglamentos de la Ley o en nuestra moral. Cuando existe una trasgresión a ella se convierte en culpa real, pero para eso se necesita primero una voluntad de transgredir, que no es gratuita por cierto, pues se escoge sentir culpa a cambio de "algo". En mi caso fue el liberar a mi hermano del dolor. En otros es el dinero, el placer u otra cosa difícil de conseguir. *Empezó a subir por su brazo y cuello; oye, me haces cosquillas con esas patitas, para.* Pero he aquí que una vez que se infringe y se siente culpa los niveles de aceptación de ésta aumentan. Uno se va acostumbrando. Si bien ahora mi culpa es insoportable es porque aún no termino de asimilar la situación. Esta tolerancia de la culpa aumenta a medida que infringimos más normas y me parece que es lo que sucede con la mayoría de presos en este penal.

Así, vuelven a cometer sin más el mismo crimen o aún otros peores, obteniendo algo anhelado a cambio de una culpa cada vez más tolerable. Es por eso que quedándome en este penal corro el peligro de volver a cometer crímenes. ¿Comprendes? Quiero expiar mi culpa, pero no a costa de ampliar mis niveles para soportarla. Se mantuvo en silencio en par de minutos y fijó al azar la mirada preocupada en un punto de la pared. La pintura se cae. Se puede ver la capa anterior. Era azul. La de ahora es de un gris indefinido, más triste. Pareciera que siempre que uno quiere pensar en algo que está dentro de sí siente la necesidad de fijar su atención en algún punto de la realidad, cualquiera, por más trivial que éste fuera. Quizás sólo así podemos convencernos de que eso que buscamos adentro de nosotros también forma parte de esa realidad. Y que nuestros

problemas no son inventados, que no somos unos hipocondríacos ni unos paranoicos con delirios de persecución. Y que existimos, con nuestras pequeñas manías y complicaciones, tan reales y explicables como la pintura de una pared que se está descascarando. Un punto cualquiera. Toda su vida puesta en un solo punto. Cualquiera. Tu vida. Un punto.

Cogió al ratón como resignado y lo guardó sin afecto en la caja de zapatos. Un Raskólnikov en prisión. Si lo rusos hubieran sabido que entregándose no se expían las culpas...Apagó la vela y apoyó la nuca sobre la almohada. Al cerrar los ojos vio colores y una multiplicidad de figuras concéntricas. Todas ellas moviéndose al capricho hasta transformarse, como todas las noches, en los sucesos ocurridos en el día. Escuchaba entonces alguna frase capturada por allí, dicha por sabe dios quién, y la repetía y repetía. Se acordaba de Alejandra, tu rostro en la penumbra, los pechos que le permitían aferrarse aún a este mundo, su aliento que entraba en él y lo convertía en extensión de Alejandra, tus besos haciéndole proselitismo a la felicidad. Y de pronto sus arrebatos y mi mano enmarañada en tus cabellos, entonces sus manos eran serpientes y patinaban como en el hielo -"así debe ser patinar en el hielo"- se decía él porque nunca había patinado en el hielo- en el torso, las piernas, las nalgas y luego la espalda, pero él no se daba cuenta de todo ello, ni de dónde estaba ni porqué y ya no recordaba dónde estaban sus brazos o piernas. Ya no los tenía. Y porque entonces, cuando él la acariciaba, las partes de tu cuerpo dejaban de tener un nombre para ser un solo elemento, mixtura de aliento y vientre, un solo salvavidas de pesares y angustias llamado Alejandra.

¿Porqué la había dejado sola entonces? ¿Porqué se había entregado? Terco. Ahora recién te das cuenta de que tu presencia aquí no se justifica, ¿o sí?:

- 1° Estoy aquí para expiar mi culpa pero al no lograrlo no debería estar aquí.
- 2° Puedo liberarme mediante un proceso de autoaceptación y comprensión del suceso. Así no volvería a cometer el crimen, pero eso puedo hacerlo fuera de prisión: Debo escapar.
- 3° Si no logro escapar volveré a cometer nuevos crímenes pues con el transcurso de los años mis niveles de aceptación de la culpa aumentarán. Prefiero la muerte. O sea que si no logro escapar deberé matarme.

Sintió entonces por primera vez que uno de los membreres que había utilizado para nombrar algo (un significativo) tenía una correspondencia total y ubicua con su significado, y el se preguntó a qué se

debía esto, que no podía ser, y llegó a la conclusión de que era porque el significado también era absoluto: su propia muerte. Sintió un temblor en todo el cuerpo, como si tuviera fiebre. Algo denso y negro empezó a apoderarse de su garganta y sus sienes. De repente se encontró dudando de sus propios razonamientos. Tal vez sí estaba loco, como aseguraba mucha gente. Qué idiota. Entregarse y luego matarse. Realmente estúpido. Tomar cicuta. Terco. Ser consecuente. Zonzo. ¿Y si me había equivocado en algo? Como tantas veces, como al matar a mi hermano, como al dejarla a ella... Ser consecuente. Para qué. Para quién. Se sintió sollozar. Lloró amargamente hasta eso de las tres de la mañana. Alguien a lo lejos parecía silbar una canción de moda.

¡Los mataron a todos! Señor director. Una matanza en el penal San Gabriel. El ejército entró y dispararon a matar. No les dieron oportunidad de rendirse. Sí. Filmé algo pero me quitaron el video. No tengo más que mi versión. Y el Director: Entonces nos arriesgamos Alejandra, transmitiremos tu testimonio a nivel nacional. Cortaremos el programa de las tres. Que te alistes.

10 p.m. Fue la noticia del día. Desde que una reportera de este canal denunció la matanza ordenada por el gobierno, tanquetas del ejército han salido por toda la ciudad. Aunque la posibilidad es remota se teme un golpe de estado. El Presidente García Pérez negó la masacre condenando una acusación tan grave sin tener pruebas. Sin embargo ni la prensa, ni comisiones de derechos humanos han podido acercarse al área del suceso ante una supuesta epidemia que aquejaría a los internos. En caso de conseguirse una prueba la reacción de la oposición y la población sería radical, entonces el golpe de estado sería inminente. Los seguiremos informando.

Pablo miró anonadado el rostro inmutable de la narradora repetido diez veces en las diez pantallas resplandecientes de los televisores en una vitrina de la Av. Colmena. Ahora que había escapado tenía que correr, tenía que encontrar a Guile.

El le daría algo de dinero y lo llevaría con Alejandra. Debía comunicarse con Alejandra, decirle que estaba vivo, que él era la prueba de la matanza que tanto buscaban. Que se sentía libre. Guile, soy yo, Pablo. Me darías de comer, te contaría todo y llamaría a Alejandra para citarla esa noche frente a la embajada de México. No sabes lo que fue, Guile. A las 3 de la madrugada. Una ráfaga de metrallas. Que se levantaran, mierdas, que salieran a ayudar, carajo. Los presos habían tomado el pabellón. No sé cómo

pude salir de aquella confusión de brazos, palos y gritos. No. No me dirigí hacia la salida como el resto, sino que corrí como huyendo de ellos, hacia el pabellón terrorista... ¿Fue esa noche, Pablo, que te diste cuenta de que las casualidades no existen? ¿Qué el azar no existe, Pablo, porque Dios no puede jugar a los dados? A un costado del pabellón: una casita de esteras y un grupo de gente tranquila a pesar de todo el laberinto. Ellos entraron. Tú te acercaste. Y en el pasadizo de esteras tu esperanza gritó mudamente. ¡Un túnel!, dijiste con el brillo en tus ojos. Cogí una de las linternas de la entrada. Entonces sentí que el júbilo de los presos se iba apagando hasta que alguien gritó: Los militares nos han rodeado. Van a matarnos. La guardia de asalto ya está entrando. Entonces corrí adentro del túnel, Guile.

Y allí estaba: una bifurcación. Por un estúpido criterio de método y orden elegí el camino de la derecha. Y diez metros más adelante otra bifurcación. Y más adelante otra, Guile. Entonces ya no eran bifurcaciones sino cinco, diez caminos para elegir. Descubrí aterrado que estaba en un laberinto. ¿Cuánto tiempo habría estado corriendo? 10, 15 horas con una linterna que ya no respondía. El aire empezaba a enrarecerse. Me había quedado sin luz, así que empecé a andar a tientas. Sudaba. Empecé a dudar una vez más de mi cordura. Todo eso era una alucinación. Gateaba. Tenía hambre, sed. A tientas. ¡18 horas, Guile! Entonces tocaste algo como una botella y fuiste feliz. Más basura. Terminaba el túnel. Ahora estabas en un basurero subterráneo. Algo de luz. Pasaste a otro cuarto y allá en

el techo una reja. Gente que caminaba sobre la reja: luces, ruido, vida. Trepaste por una escalerilla lateral y forzaste la estructura de metal. Y fuiste libre. A pesar de estar algo mareado pudiste reconocer al viejo jirón Quilca en el centro de Lima. Ahora estabas con Guile, contándole todo esto camino a la embajada. Pero no te diste cuenta de que el teléfono de Alejandra estaba intervenido. Llegamos, Pablo, aquí es. Y ella llegó también. Ella, que tenía ganas de darte una bofetada, de besarte, de tocarte para convencerse de que sí estabas vivo. Pero en la puerta de la embajada una voz de militar: ¡Alto! ¡Un movimiento y disparamos a matar! Y tú. Tonto. Te acordaste de la tercera posibilidad. Ser consecuente. Zonzo. Tomar cicuta.

No pudiste conciliar tus leyes internas con las Leyes de la Ciudad. Una diacronía. Como en las tragedias griegas. Tan sólo un paso. Cambiaste las cosas. Ruidos de metralletas frente a una embajada. Dos muertos. Demasiado autosuficiente en tus razonamientos. Nunca consideraste la posibilidad de error. Y juzgaste. Y decidiste por otros. Tonto, tu absoluto no existe.

Pero al menos fuiste leal contigo mismo. ¿Que porqué te digo todo esto? Yo también tuve la posibilidad de dar aquel paso tuyo y no lo hice. ¿Cobardía o instinto de conservación? No lo sé. No me siento orgulloso de ello y no sé porqué te estoy escribiendo todas estas mentiras, Pablo, todas estas cosas que nunca pasaron, sentado intranquilamente tras un escritorio, a un paso del error, esperando como tú, a ser liberado.